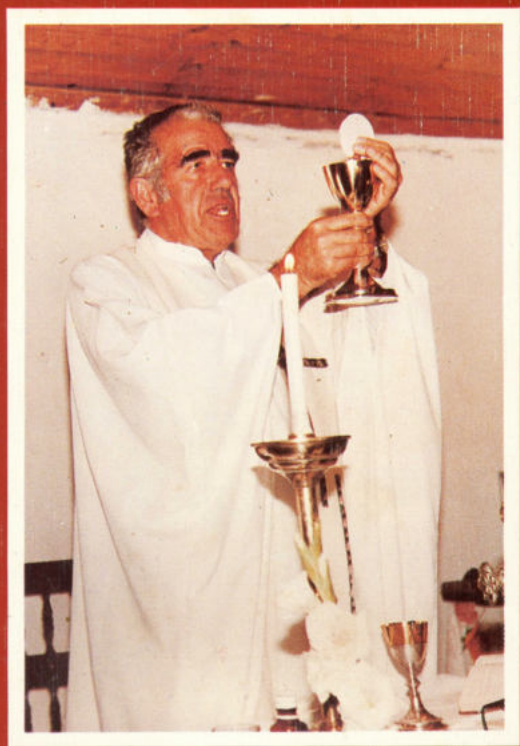


CARLOS GONZALEZ C.
OBISPO DE TALCA



ENRIQUE CORREA
Sacerdote y Pastor

Ediciones *Mazana-tha* Ltda.

CARLOS GONZALEZ C.
OBISPO DE TALCA

ENRIQUE CORREA
Sacerdote y Pastor

† CARLOS GONZALEZ C.
OBISPO DE TALCA

Derechos Legales Reservados

Primera Edición: Febrero 1994
Segunda Edición: Abril 1994

Editado, impreso y distribuido por
Ediciones MARANA-THA Ltda.

1 Norte 549 - Teléfono 234428
Teléfono/Fax 226565 - Talca

Impreso en Chile
Printed in Chile

ENRIQUE CORREA
Sacerdote y Pastor

Marana-tha Ltda.

PRESENTACION

Después de reflexionar bastante me decidí a escribir sobre el Padre Enrique Correa de quien fui gran amigo por más de 40 años.

Pedí colaboración y deseo agradecer a sus amigos, especialmente al Padre Jaime Verdugo y al Diácono Agustín Vial, que me ayudaron a escribir con claridad y transparencia sobre él.

No pretende ser una historia o una biografía. Sólo se trata de presentar un bosquejo de quien vivió alegremente su vocación y se hizo cercano y asequible a todos por amor a Jesús.

Presento estas páginas que ayudarán a muchos a entender la recia personalidad de Enrique Correa y también a comprender que para ser sacerdote hay que ser muy humano y muy cristiano.

He agregado una historia llamada "Un Ramito de Amor", escrito por alguien que ha preferido no revelar su nombre. Lo agrego porque junto con poner una nota de ternura y de bondad, que a todos nos hace falta, es una hermosa parábola de Enrique Correa.

Vivimos en un mundo donde la sencillez y la transparencia no suelen abundar y ese relato del ramo de violetas y todas las páginas escritas sobre este sacerdote nos ayudarán a respirar un aire más claro y luminoso.

CARLOS GONZALEZ C.

Obispo de Talca

Talca, 20 de Enero de 1994

El 2 de Agosto de 1993, en la media noche, murió serenamente Enrique Correa. Tenía 59 años de edad y había vivido 33 años un sacerdocio hermoso y atrayente.

Al día siguiente asistí a sus funerales, y pude valorar la presencia de Dios en las multitudes de personas que llegaron de todos los lugares de la ciudad y de la costa de Curicó a despedirse de un amigo que había partido a la casa definitiva. La Eucaristía en la Iglesia La Merced de Curicó estaba impregnada de un sentimiento de paz y de tristeza. Al trasladarlo a Villa Prat, donde iba a quedar enterrado, pude ver los caminos tapizados por las cruces de aroma, típico del mes de Agosto, rodeadas de velas y pequeños altares que iluminaban la oscuridad de la noche, expresando el cariño al amigo que se fue.

Fue velado en el templo de Villa Prat, en una noche de oración. Y en ese velorio fueron apareciendo los testimonios del cura y amigo a quien tanto se quería. Todo fue simple y profundo. Todo fue de paz y oración. Un hombre de Dios había viajado al cielo y la parroquia de Villa Prat había visto el paso de Dios a través de un sacerdote que les mostró a Jesús, a "Don Jesús", como él siempre decía.

Confieso que al llegar el cortejo a la Iglesia parroquial lloré de impresión al sentir tanta fe y tanto silencio en esa multitud que invadía el templo para rezar por su párroco y su amigo.

El 4 de Agosto se celebró la Misa de despedida fuera del Templo. Allí estaba Dios. Fue silencio, tristeza y paz. Había la sensación de una presencia de Dios que me recordó el entierro del Padre Alberto Hurtado en 1952.

Su enfermedad y su muerte fue una realidad impactante y difícil; estaba fuera de todos los límites comunes. Fue algo que nos dejó pensativos y tristes a todos sus amigos; pero al mismo tiempo serenos, tranquilos porque Dios se había manifestado en uno de sus hijos.

Intentaré dibujar tres rasgos de Enrique Correa que nos pueden ayudar a entender mejor su persona y su vida.

Era un hombre sabio y sus hermanos le decían "el Viejo". Era un campesino, el "Huaso Correa" y era un "Sacerdote" a quien todo el mundo conoció como "El Cura Correa".

El Viejo, el Huaso y el Cura. Tres palabras que pueden ser usadas en forma despectiva y casi ofensiva; pero que en Enrique Correa significan

palabras que expresan simpatía y gratitud, porque están traspasadas por el amor que él sabía comunicar.

Tres palabras que expresan algo vivo en Enrique y que, por lo mismo, si tratamos de separarlas del conjunto pueden morir o significar muy poco. El era lo que estas palabras expresan. Era una síntesis de estas tres realidades, una síntesis armónica, equilibrada. Todo esto estaba entrelazado en las raíces para dar base a una personalidad rica y compleja pero nunca complicada. Se unieron y se entrelazaron para brotar en una persona simple, sencilla, transparente, abierta, el "Cura Huaso".

Un hombre cuya simpatía era tal, que nadie podía dejar de sentirse atraído. Don Manuel Larraín, el anterior Obispo de Talca, rezaba siempre para que "los malos fueran buenos y los buenos fueran simpáticos". En Enrique encontró, sin la menor duda, una buena respuesta a su oración.

Haciendo memoria, recordando tantos momentos pasados juntos, largas conversaciones, reflexiones compartidas... estas tres palabras van tomando un rostro y, al mismo tiempo, dejando una añoranza... Nos hace falta Enrique. Sabemos que está con nosotros, que no necesita desplazarse ya de Villa Prat para compartir nuestra vida e inquietudes y proyectos...; pero nos hace falta.

A.- La Sabiduría de los años.

Siempre será casi imposible desenredar las raíces y las diversas facetas de una vida humana. Siempre habrá raíces que no pueden desenredarse en cada corazón y nunca podremos decir que hemos entendido en totalidad la personalidad de quienes nos rodean. Hay aspectos misteriosos y desconocidos en nuestros propios orígenes y las sorpresas que dan los padres a sus hijos y los hijos a sus padres suelen ser muy grandes. El misterio del corazón humano es demasiado grande y es casi una profanación tratar de entender en su totalidad lo que sucede en quienes nos rodean. Hacer un retrato del Huaso Correa nunca será posible, y sólo trataré de mostrar algunos rasgos de un amigo, "Un gancho amigo" como diría Enrique.

Los Correa Alvarez eran nueve hermanos y Enrique era el penúltimo. Cuando llegaron los sobrinos se acuñó un nombre nuevo en la familia: "El Tata Viejo".

La palabra "viejo" tiene diversos significados;

pero hay un sentido especial en el cual el ser viejo es equivalente a la sabiduría.

En los campos de Chile, el viejo es el hombre de los recuerdos y de las mil historias heredadas de padre a hijo; es el hombre que guarda las tradiciones y es depositario de la sabiduría del pueblo. Los "dichos" de los abuelos están cargados de la vieja sabiduría de la vida y del sentido común y se respetan como argumentos decisivos. Los que hemos conocido y convivido con ellos, sabemos cómo nos han marcado y se han arraigado en nosotros.

Los viejos, los "abuelos" son también hombres de aparente terquedad y rudeza, pero en sus ojos cansados suele vislumbrarse la ternura. Ni sus brusquedades, ni su lenguaje socarrón y algo irónico pueden esconder su dulzura. Parecen a veces altaneros, pero son capaces de enternecerse y hacerse pequeños ante un niño, un pobre, una persona sufriendo.

Por eso es que siempre están rodeados de gente y de jóvenes que buscan la tradición, la sabiduría, la ternura.

Quienes pudimos conocer a Enrique por dentro... y era muy fácil, pues era de mucha abertura y transparencia, supimos de su sabiduría

tan concreta y realista, de su ternura, de su solidez. Tanto era eso, que no sólo los niños hablaban del "Tata Viejo", también lo hacían muchos adultos.

El Huaso Correa era sabio por naturaleza. Sabía decir las palabras indicadas en el momento oportuno. Sabía escuchar y guardar un secreto o una confidencia. Su lengua hablaba lo necesario. Era sabio e inteligente con una gran preocupación por captar el fondo de los problemas. Era una inteligencia profunda a la cual su sabiduría le ayudaba a abordar los acontecimientos en forma atinada y con buen criterio.

Tenía sabiduría y era muy verdadero en sus consejos y opiniones.

Hace poco me vino a ver un matrimonio a quien Enrique le había aconsejado postergar su matrimonio aún cuando la niña estaba embarazada. El sacerdote le había dicho que no había madurez para casarse y que el embarazo era una señal de poca madurez. El marido me dijo: "el cura nos dejó convencidos" y tres años después él vino a vernos a la casa y nos dijo "ahora los puedo casar cuando quieran". Habían madurado y estaban agradecidos por haber recibido una orientación adecuada y no haber realizado "un matrimonio apurado". Habían tenido al hijo que venía en camino y el matrimonio se realizó en el momento adecuado. Esta sabiduría

para entregar los sacramentos requiere buen juicio y requiere flexibilidad, una palabra extraña para quienes esconden sus inseguridades en esa rigidez que hace tanto daño. Enrique "sabía" cuándo dar el sacramento del bautismo a la madre soltera y cuándo negar el matrimonio a una pareja de adolescentes. En nuestra pastoral de los sacramentos, a veces distorsionados por los extremos de la blandura o de la rigidez, nuestro querido amigo lograba mostrar un camino adecuado y prudente.

La sabiduría la regala la experiencia de Dios y quien está cerca del Señor llega a entender la verdadera sabiduría, que ayuda a recorrer la vida por los caminos de la felicidad.

Esta sabiduría no se aprende sólo en los libros. Se logra especialmente en la vida, se adquiere pasando por los caminos de Jesús, por la humildad, la misericordia, la sencillez y siempre por el camino de la cruz.

Más que una "doctrina", también necesaria, la sabiduría viene por una experiencia y una amistad con Dios, que va haciendo mirar la vida de otra manera, que ayuda a interpretar lo que sucede con un sentido religioso y trascendente. Enrique la adquirió desde niño y fue creciendo cada vez más en ella, porque siempre fue un amigo de Dios.

Me contaba una persona muy cercana a Enrique, que cuando ya sabía la enfermedad que tenía y sufría de dolores intensos, le dijo: " es necesario sufrir para llegar a la resurrección". Esa Luz interior le dió todo un sentido a sus sufrimientos, y una paz muy grande para vivirlos. Fue un momento en que Enrique entró, por la experiencia propia, en la sabiduría de la Cruz.

Por esa sabiduría, había perdido toda agresividad y violencia. Estaba desarmado en las manos de Dios. Esa era su fuerza interior. Era esta sabiduría la que lo hacía, aún en el silencio de sus momentos finales, tan cercano a quienes le visitaban y acompañaban. Fue también esta sabiduría la que lo hizo tan cercano y accesible a quienes encontró en el camino de su vida.

B.- El "Huaso Correa".

Hombre encarnado en la vida.

Don Celedonio, su padre, era la imagen viva del hombre de campo que sabía unir la hidalguía y la sencillez. Digno, casi majestuoso, pero cercano y acogedor. La señora Virginia, su madre, junto con don Celedonio formaron una familia que refleja hasta ahora todos esos valores y tradiciones del campo chileno. Vivían una fe simple y profunda identificada con el vivir cotidiano.

Por eso Enrique era "huaso de adentro". El sentía y pensaba como huaso. Tenía una como complicidad con los campesinos que hacía que lo sintieran como uno de ellos. Hablaba su lenguaje, tenía sus modales, adivinaba sus silencios. El los amaba con ternura como amaba sus paisajes, su trabajo, sus costumbres. El sabía entender su fe viva y cálida, porque era la suya. El amaba "su" Costa curicana. Con mucha razón su hermano dijo el día del funeral que tenía "*la montura ladeada para la costa*".

Salir con él en su "Yegua Tordilla", la camioneta blanca en que se desgastaba sirviendo a los campesinos, era un gozo para el alma y los ojos. Adentrándonos en la Costa comenzaba toda una historia; él podía hablar de cada rincón, de cada casa, de cada persona. Cuántas veces nos detuvimos para contemplar con cariño y casi magnetizados una vieja casa de adobes en los cerros costinos, o un arriero con sus animales, o el vericuetto en el río Mataquito con sus aguas plateadas. Cuántas veces nos detuvimos a tomar un mate con una viejita o a conversar con un viejo andante con los ojos azules como si hubieran absorbido todo el azul de la Costa. Y siempre se anunciaba al Señor, a Don Jesús.

Cuántas veces al ver a un chiquillo con parka, añoramos el pantalón a rayas, o la faja roja a la cintura, o el poncho terciado... pero él sabía que la vida hace cambiar las cosas... Era el "huaso" que le salía "de adentro", desde lo más profundo de su intimidad, hecho tanto para la experiencia romántica como para el trabajo duro de la tierra. La vida del campo era lo suyo. Más si se trataba de la costa.

Conocía y saboreaba todo lo que tiene que ver con el campo.

Vivía al día, sin muchos proyectos concretos a largo plazo, tal como lo hacen los campesinos, que

tienen una mezcla de confianza en Dios y de ingenuidad, que los hace ser improvisadores, que van tejendo la vida tal como se va presentando.

¡Con razón era tan amigo de Jesús! ¡Cómo no iban a ser amigos si los dos eran de la misma cepa! Era tanta su identificación con su Don Jesús que logró algo maravilloso: hacer una síntesis rica y profunda entre la sabiduría del viejo campesino y la sabiduría del Evangelio.

Con Jesús, Enrique recorrió los campos, compartió con las personas, se tomó un tecito con tortilla recién sacada del horno, refregó una espiga dorada, admiró la postura de un buen "pingo". Con Jesús y tal como El lo hizo, Enrique fue sacando de estas experiencias las palabras justas para hablar de Dios, de la vida y de la muerte, para despertar la solidaridad y la esperanza, para hacernos sentir la llamada del Señor.

Fue el amigo y el discípulo de Jesús. De ese Jesús que nos habla de todo lo que interesa al hombre a partir de su experiencia de Maestro Carpintero, en una aldea donde El tomaba con frecuencia el azadón y la pala compartiendo con campesinos y pescadores.

Como amigo de su Maestro Jesús aprendió de El a no hacer diferencias entre las personas. Cada

persona, rica o pobre, cultivada o ignorante, joven, niño o adulto, tenía un lugar en su vida.

Todos se sentían bien con él y podía sentarse a la mesa de los ricos o de los pobres sin dejar de ser él mismo. Pero tenía su debilidad: los pobres y los campesinos y en esto también Jesús tenía su parte. Como El, escogió el camino de la simplicidad y la pobreza. Vivió simplemente y murió sin dejar bienes materiales. Lo material pasó por sus manos para ir a parar donde más se necesitaba. Al final de su vida estaba en paz, esa paz de los que han sido fieles al Evangelio de Jesús. Estaba preparado con las manos limpias y el corazón puro.

Una vez más el viejo, el huaso y el cura se entrecruzan.

El Huaso Correa era un campesino y esta realidad no era una postura o una manera de llegar a los campesinos. Era un campesino más y pensaba con la mentalidad de los hombres de campo. Sus reacciones y su sensibilidad estaban impregnadas por la vida rural.

Se encarnó entre los campesinos y vivió como uno de ellos. Todo su sacerdocio lo vivió en medio de sus propias raíces, encarnado y enraizado en la cultura, en las costumbres de quienes trabajan la tierra.

C.- ENRIQUE CORREA: SACERDOTE Y PASTOR

Este hombre de campo, sabio y lleno de "dichos", Esocarrón y simpático, transparente y excelente amigo, era un cura, es decir, un servidor, un pastor, el que cuida y se hace responsable de su prójimo en nombre del Señor Jesús.

Por algo algunos amigos lo llamaban "el Cura". El día de su entierro los niños de la Escuela de Villa Prat, le cantaron "Cura de mi pueblo" e inundaron con pétalos de flores el camino por donde pasaba el cortejo.

Era, como dice un escritor hablando de Francisco de Asís, un hombre que no partía del mundo y de los hombres para descubrir a Dios, sino que, más bien, partía de Dios, de su unión con El, de su amistad con El, para redescubrir al mundo, al hombre, para redescubrirse a sí mismo. Era cómplice, con su amigo Jesús, en una tarea inmensa en la cual él se consideraba protagonista y responsable: hacer que este mundo fuera cada vez

más humano, más cálido, más fraternal y solidario.

Esta tarea, en la cual él puso tanto amor y que llenó de palabras sabias y sencillas y, sobre todo, de un testimonio vivo y permanente, llena su vida de "cura" hasta el último día. Murió con la sonrisa de siempre, sin una queja, dando paz y calor.

Sintiéndose preferencialmente pastor de los campesinos, ideó y plasmó un seminario para formar misioneros para el mundo rural. En ese proyecto puso parte de su vida, su cariño y su creatividad. Cuando hubo que cerrarlo, él aceptó con dolor pero sin rebelarse ante esta decisión. Supo leer en ese hecho la Voluntad de Dios a la cual él estaba siempre abierto.

Recorrió los caminos de la vida llevando su cariño, su esperanza, su optimismo a todos los que encontraba. La llegada de su camioneta era recibida con entusiasmo y alegría. Era el pastor que llegaba a animar y servir con gestos simples y aparentemente banales: Cargar unos sacos de harina, trasladar un colchón o llevar a una viejita al hospital. Era Jesús, el que se hizo prójimo de todos, que llegaba a traer su solidaridad. Enrique se hizo todo servicio, él, entero, en toda su personalidad y en todo su ser.

Padecía de jaqueca con alguna frecuencia y atravesaba períodos largos con esta enfermedad,

cuyo origen aún se desconoce, y tenía fuertes dolores de cabeza acompañados de náuseas y malestar general; pero jamás se quejaba. Muchas veces pude verlo en este estado típico de los enfermos de jaqueca y siempre lo vi sereno, haciendo bromas y dando ánimo a quienes lo rodeaban.

A la jaqueca la llamaba "la Jaqui", y era notable comprender cómo había integrado esta cruz a sus vida sacerdotal de hombre de Dios. "La Jaqui" y el cansancio nunca apagaron su deseo de servir en forma sonriente y amable. El humor, la alegría y la cruz se habían hermanado y formaban parte de su ser.

Muchas veces debía salir a atender enfermos o a otra actividad pastoral y salir con él era siempre una fiesta y un agrado muy grande. Podía estar bien o mal de salud; pero siempre comunicaba alegría. Eso se llama "virtud heroica"; la cual no es común en la mayoría de las personas. Vivía comunicando alegría y serenidad.

Es importante destacar este rasgo en un país en el cual la tendencia a la hipocondría, a vivir cuidando sus enfermedades, invade a gran número de chilenos.

Enrique era hombre de sol y nunca fue hombre de lluvia. Esta alegría sólo se explica porque

en su corazón había mucho amor de Dios y mucho amor al prójimo. No era una persona efusiva en las palabras; pero siempre había gestos y actitudes que demostraban amistad y amor. A modo de ejemplo, cada año llegaba con una garrafa de vino de Misa que había comprado en un pueblo de Colchagua llamado Yaquil. Y así, tenía siempre gestos de amistad y de servicio.

Era un amor gratuito y desinteresado. Nunca lo vi buscando retribución y que se le reconociera lo que estaba entregando. Había en él una amistad silenciosa y sincera. No pasaba la cuenta por algún servicio ni esperaba reciprocidad.

Como cura y pastor, él acompañaba a sus ovejas en el camino de la vida iluminado con la Palabra del Maestro. Palabra que él encarnaba en ese mundo campesino con tanta justeza. Era capaz de leer en la vida de cada día del campesino una presencia, un mensaje, un llamado. Y lo comunicaba con tanta claridad, con las palabras del mundo campesino que eran las suyas, como lo había hecho siempre su amigo Jesús. Era fácil entenderlo porque usaba el lenguaje de la vida y del Evangelio. Le tenía un gran cariño a la Virgen María. Rezaba el Rosario todos los días, ya fuera en su camioneta, ya fuera en su casa. Cuando viajábamos juntos, siempre me invitaba a rezar el Rosario. Cuando era

yo el que lo invitaba, me decía: "Ya lo recé; pero lo acompaño". Y así lo hacía con gran cariño y alegría.

"El Cura" era pastor que acompañaba, enseñaba y hacía reconocer a Dios presente en la vida. Pero era también hombre de oración, porque su experiencia de pastor lo llevaba a la acción de gracias, a la alabanza, a la contemplación. Por esta razón era un maestro en la oración sencilla y confiada, que él vivía como una permanente entrega al Padre, a Su voluntad. A muchos condujo a vivir esta oración. Y una vez más el huaso y el viejo se unían en esta experiencia a su calidad de "cura".

Enrique Correa partió y a muchos los dejó huérfanos. En los lugares más lejanos y perdidos uno siempre encuentra alguien que le dice "El Padre Correa..." y empieza a dar testimonio de su amor fraternal y pastoral: que siempre los visitaba, que era con quien se confesaba, que a él le confiaba sus problemas, que él despidió un ser querido o que le acompañó en su enfermedad, que les hace falta su alegría, sus "tallas", su consejo sabio.

Todo esto acompañado con algo que es difícil de expresar, porque cuesta encerrar en palabras lo que es vida, pero que se podría sintetizar diciendo que "Dios ha visitado a su pueblo".

Pocos días antes de morir le decía a un sacerdote amigo: "He tratado de poner Alegría y Amor en nuestra Diócesis. Trata de hacer lo mismo".

Muchas veces el cristianismo se presenta en forma exclusiva como una doctrina o un conjunto de normas morales que deben seguir quienes adhieren a esta doctrina. Esta afirmación es verdadera y mantiene su vigencia; pero el ser cristiano es más que una doctrina o una moral. Es especialmente una experiencia viva de Dios que se deriva de un conocimiento y un contacto personal con El. Ser cristiano significa una relación personal y una amistad real con Jesús que es una persona viva y cercana para quien desea encontrarlo.

Gran parte de su irradiación personal, de su manera de ser sacerdote nació de una experiencia vital con Dios. Hay escritos suyos que muestran la gran amistad que había logrado con Jesús. El vivía en la presencia de Dios y esto era visible para quienes lo conocíamos más profundamente.

Posiblemente hay muchos cristianos que tienen esta comunicación con Dios; pero en Enrique Correa esta experiencia se notaba y su calidez y bondad venían de un corazón muy cercano al corazón de Cristo.

Recuerdo al joven que dijo ser sacerdote y la

respuesta que le dió un anciano: "lo importante es que se le note". En Enrique este sacerdocio era visible y contagioso.

En Septiembre de 1980 me pidieron las religiosas italianas que vendrían a fundar el Monasterio Trapense de Quilvo que llevara a Europa a "un sacerdote autóctono del país". Ellas querían conocer un exponente típico del clero chileno. Pensé en Enrique Correa y partimos a Europa con este "nativo" del país. El efecto que produjo en las religiosas fue extraordinario. Vieron al hombre típico del país al cual vendrían a vivir; pero sobre todo vieron a un hombre que comunicaba a Dios por su transparencia, por su sencillez, por su sentido de Dios. Enrique Correa dió examen, sin saberlo, y fue aprobado con distinción máxima porque allí había una expresión de Dios.

El sacerdocio de Jesucristo había penetrado en su más profunda identidad y vivía su vocación en la mañana y en la noche, en invierno y en verano. Lo más hermoso que se puede decir de un sacerdote es que vive en plenitud su sacerdocio y en él esta plenitud era real y verdadera.

Celebraba diariamente la Eucaristía aunque no hubiera nadie para acompañarlo al altar. La Eucaristía era para él una necesidad vital. En su enfermedad tuvo la alegría de concelebrar la

Eucaristía todos los días porque nunca le faltó un sacerdote amigo que llegara a acompañarlo. Ya apenas podía hablar; pero en la Eucaristía que él compartía en su cama de enfermo parecía revivir.

Era un buen confesor, discreto y atinado. Con gran respeto por las personas y tratando siempre de dar respuestas positivas y de esperanza.

Respetaba las normas establecidas; pero tenía el buen criterio de saberlas aplicar con sabiduría y con misericordia.

Estaba impregnado por la misericordia de Dios y esto lo hacía atrayente y acogible. Me he encontrado con tantas personas para quienes él era "su sacerdote" en quien encontraban la respuesta y la paz que buscaban. Y lo buscaban porque adivinaban, sin saber expresarlo, que allí había un hombre con experiencia de Dios.

Era sacerdote de la Iglesia y para la Iglesia. Tenía conciencia clara y consecuente que su sacerdocio se lo había regalado la Iglesia para servir al Pueblo de Dios. Buscaba las enseñanzas de la Iglesia y fue hombre del Concilio Vaticano II, de Medellín y de Puebla.

Al hacerse el Sínodo Diocesano en 1968 se integró con toda su energía y en el Sínodo recién

pasado 1989-1992 "Una Iglesia al Servicio del Reino", se había comprometido en forma leal e incondicional.

Enrique Correa era transparente y leal porque el sacerdocio de Cristo era carne de su carne y sangre de su sangre.

Era un hombre de sueños y proyectos a largo plazo. Sabía esperar con esa paciencia larga que tienen los hombres del campo.

Una vez al mes se retiraba al interior de los campos y hacía "un día de desierto" o sea encontrarse sólo con Dios en un día de oración. El cumplió fielmente este propósito que había adquirido al ingresar a la Fraternidad Sacerdotal del Padre de Foucauld a la cual perteneció por muchos años.

Era un sacerdote itinerante, viajero. No llevaba carga pesada y su paso era ágil y ligero. Si quisiera definirlo diría que fue un Sacerdote Misionero totalmente adaptado a esa "Iglesia en Estado de Misión" que se está construyendo en nuestra Diócesis.

D. "SI EL GRANO DE TRIGO NO MUERE..."

Está enterrado en Villa Prat, en un humilde Cementerio de una Parroquia de campo.

Allí el Pueblo le construyó una sencilla tumba en la tierra, y dejó sobre ella un pequeño terreno para que crezcan las flores y el pasto verde. En su cabecera se levanta una réplica del Campanario del Templo Nuevo de Villa Prat. Al centro de ese campanario se puso esta inscripción: "Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda él solo; pero si muere da mucho fruto" (Jn. 12, 24).

En esa tumba todos los días hay flores frescas, que expresan el cariño para quien fue su pastor y amigo, y que más allá, mantienen vivo su recuerdo, latente su presencia y cercana su vida en la eternidad.

Es un lugar de silencio y oración, en donde se mezclan la tristeza del amigo que ha partido con la alegría y la paz de esas flores, que son como una signo de la Resurrección. Es un lugar que llama a la

fe; a vivir en la misma fe de Enrique, en la valentía ante el sufrimiento, en la sonrisa ante el dolor, en el esfuerzo generoso y alegre de servir a los demás en las cosas simples de la vida.

A su tumba constantemente van llegando personas de diversos lugares, y algunos dicen venir a "conversar con el Padre Correa". Llegan en forma silenciosa y le comunican sus alegrías y sus penas; sus ilusiones y sus esperanzas. No hay duda que ellos creen en la Resurrección y en la Vida que nos prometió Jesús.

Esa tumba es un signo. Es el signo de un hombre de Dios que hoy es una semilla que ha muerto y que empieza a dar frutos insospechados. Para quien vió el grano de trigo muerto, le parece un milagro ver florecer nuevamente esa semilla pero multiplicada por treinta, por sesenta o por cien.

La vida y la muerte de Enrique Correa son un signo de esperanza para quienes lo conocieron y para las generaciones que vendrán; porque son el signo del triunfo de Dios, del Reino de Dios que florece, silenciosamente, sin fama ni gloria, en medio de los sencillos, en medio de la gente pobre. Su vida y su muerte son un canto de esperanza; la esperanza que el Evangelio es hermoso, es alegre y es posible en nuestro mundo actual.

Que el recuerdo de su rostro sonriente, de su alegría contagiosa, de esas flores frescas y ese lugar humilde y silencioso, nos muevan a querer cada vez más al Señor Jesús y a amar con sinceridad a nuestros hermanos.

+ CARLOS GONZALEZ C.

Obispo de Talca

ANEXO

9 de Agosto de 1993

UN RAMITO DE AMOR...

Esta es la historia de unas violetas, tal vez las violetas más humildes que han existido, pero con una misión tan gloriosa que se hicieron inmortales.

Nacieron en una pequeña quebrada, a pocos metros de una vertiente de aguas claras y frescas como el alba en primavera, junto a ellas todo era pureza, soledad, silencio y esperanza.

Crecían limpias y bellas porque tenían quien las cuidara. A pocos metros vivía una mujer triste en su soledad alejada de todo y por todos, no era fácil salir de allí de entre los cerros costinos y más difícil era llegar, nada había de valor allí.

Cuentan que una tarde de otoño y cuando esta solitaria mujer se resignaba a su triste invierno sintió unos pasos que la sacó de sus pensamientos, -buenas tardes ñora, cómo anda la salud, era un hombre grande de manta y sombrero criollos,

ragos acampados con una sonrisa enorme, cejas pobladas y de mirada en paz.

- Y qué le trae por aquí, contestó la mujer entre intrigada y temerosa.

- Nada especial, supe por ahí de usted y vine a acompañarla un rato de pasadita.

- Cómo que de pasadita si son tantas horas para llegar aquí, dijo la mujer con cierta desconfianza.

- Venía conversando con "El Patrón" y el viaje se me hizo cortito; soy el nuevo párroco de Villa Prat y quería traerle el saludo de Don Jesús.

- Pase usted, por favor, y enseguida le sirvo un tecito, padre.

- Oiga ñora ¿que acaso usted no toma mate?

- Sí, claro.

- Yo lo prefiero y le traigo un paquetito de yerba para que la compartamos conversando un rato.

Las violetas que lo vieron todo cuentan que conversaron de lo que los rodeaba, de la vertiente, de las loicas, de los espinos, del aire puro y de la grandeza del Señor de haber hecho algo tan lindo

solamente por amor, para que admiremos la belleza de este mundo y agradezcamos al Señor la oportunidad de amar.

Cuando al atardecer se marchó cuentan las violetas que su dueña era otra, su casa había rejuvenecido, su mirada era alegre y suspiraba de esperanza y amor. Una nueva luz se había encendido en su 'alma, la soledad se alejaba derrotada por una nueva ilusión.

Sus días comenzaron a pasar mezclando la impaciencia por verlo y la tranquilidad de recordarlo, era un hombre que no la olvidaba, que le demostraba que la quería, que la escuchaba y que se maravillaba, que le enseñaba a amar, a ver al Jesús bondadoso, a sacar fuerzas de flaquezas y cuando recibió esa carta donde le contaban de la desaparición de su sobrino, le enseñó a perdonar, a poner su dolor a los pies de Cristo, a amar a los demás con más fuerza y a callar.

Ella supo que bajo el pretexto de llevarle las aspirinas o ir a buscar la botella de miel, era a Jesús a quien llevaba y le dejaba ese hermoso regalo en su corazón.

Un día al pasar junto a nosotras, el curita sintió nuestro aroma, se detuvo y cortó una flor, - le corto más, dijo la viejita pronta a ofrecerle todo,

cualquier cosa con tal de responder a todo lo recibido.

- No gracias, una sola para mi misal, las otras guárdelas para mi entierro.

- Eso ni pensarlo, eso no sucederá jamás, contestó rotunda, eso era impensable, eso era injusto y nunca pasará... siguieron conversando, riendo, amando la vida, al Señor y a los demás. Nuevamente la visita terminaba y ella al volver nos miró y un presagio cruzó su mente, no, no puede ser, pero la espina en el corazón quedó.

Pasaron los días, el Padre Correa no aparecía y la angustia aumentó, se armó de pretextos y al pueblo se dirigió con la esperanza de disipar su nube negra, todo salió mal, su sospecha fue confirmada y lloró, lloró, lloró.

Volvió a su rucu rezando, Señor, por favor no te lo lloves, te ofrezco mi vida, pero a él no y de nuevo lloró, lloró y lloró.

Lloró en silencio, rezó con desesperación, suplicó, de nuevo lloró y de nuevo oró, suplicó, suplicó y lloró.

Esperanzada que el Señor la hubiese escuchado, de nuevo fue al pueblo a saber si había mejorado, pero no, el Señor lo quería para El, ella

comprendió y se serenó.

De vuelta en su rucu permaneció en silencio a fin de escuchar el lamento de las campanas del pueblo que anunciaran la Pascua de su querido amigo y profesor, lloró en silencio y en silencio rezó y junto con comprender que este santo que había conocido en vida ya estaba maduro para la mesa del Señor, escuchó de madrugada los lamentos de las campanas que le decían "ya pasó".

Con el corazón desgarrado quiso cumplir con lo que en aquella tarde su amigo cura le pidió y con infinito amor eligió las más bellas violetas y haciendo un pequeño ramito caminó.

- Quiero ser de las primeras se dijo y averiguando supo que llegaba a Curicó, a la Merced, ahí estaré se dijo y caminó.

Al ver tanta gente, dicen las violetas que, su viejecita exclamó: "Señor, yo no soy digna", su dolor, su humildad y su timidez le impidieron acercarse a donde estaba su amado pastor, y llorando pasó su ramo de violetas al primer sacerdote que cruzó su camino diciéndole: "son para él, él me las pidió" y dando media vuelta se perdió para siempre hundida en su dolor y las estrellas cuentan que caminando de vuelta a casa, un Hombre la acompañó, no lo conoció al caminar, más ahora sí, al

comprender que si sus sentidos ya no lo verán, no importa, no importa porque está con Jesús en su corazón para siempre, cuando lo desee y por el tiempo que quiera, ya nunca más de pasadita, se quedó y no se irá jamás.

Quiso alguien más que el destino, que el curita que recibió las violetas viera en ellas algo más que una flores, comprendió su significado y reconociendo a una sobrina de Enrique o mejor dicho el "Huaso" como él decía, le entregara estas violetas diciéndole "son para tu tío y las trajo una viejita muy humilde que no sé quién es ni de dónde es".

Con tanto ajeteo y viaje para Villa Prat, emociones y más emociones, parientes y más parientes, rezos y más rezos, cantos y llantos juntos, las violetas quedaron olvidadas al interior de un auto. Me imagino la angustia de esas violetas al ver que su existencia estaba siendo inútil, que su esperanza de vida estaba siendo olvidada, empezaban a morir de pena, ya era de día nuevamente, veían cómo empezaban a marchitarse y nadie se acordaba de ellas, veían a su viejecita que había caminado tanto para que ellas estuvieran allí, cómo iba a ser inútil el frescor de la vertiente que les dió la vida, para qué se habían guardado tantos años si quedarían en el olvido, cuando un rayo de luz iluminó a esa joven mente y gritó: "las violetas del

Tata Viejo" corrió al auto y allí estaban; las cogió y en juvenil carrera las llevó a la Iglesia.

¡Qué vergüenza! exclamaron las humildes violetas al ver tantas flores en hermosas coronas, póngannos donde nadie nos vea pedían, pero una orden llegó a las manos que las transportaban, aquí, aquí a mi lado donde yo las vea y donde las vean todos. Todas las flores son bellas y todas bien recibidas, pero ustedes mis queridas violetas son mis preferidas, ustedes representan el amor del humilde, la entrega de los pobres, la resignación de los que sufren, la esperanza en Dios de los olvidados, el amor que tuve a la vida, a las cosas sencillas y por sobre todo el amor a mi buen "Don Jesús".

Qué ufanas estaban las bellas violetas, se esforzaron con todas sus fuerzas en dar más y más perfume hasta que su grato aroma invadió toda la iglesia de Villa Prat. Llegó a cada una de las personas que se encontraban acompañando al Padre Correa y a cada uno le dió conformidad, paz y no paró hasta dejarles a Enrique bien metido adentro del corazón de donde no saldrá jamás porque entró acompañado del buen "Don Jesús".

Camino al cementerio las violetas iban radiantes, nunca se imaginaron tanto honor y comentaban entre ellas, ahora que nos boten en cualquier lugar, ya nada importa, nunca

imaginamos tanta felicidad. Pero el Tata Viejo aún les tenía una sorpresa más, se quedarían con él para siempre, para que le perfumaran su sueño y que para cuando nos toque a todos despertar, él lo primero que vea sean las hermosas violetas de su viejecita de la Quebrá.

INDICE

Presentación	5
A.- La sabiduría de los años	10
B.- El "Huaso Correa" Hombre encarnado en la vida	15
C.- Enrique Correa Sacerdote y Pastor	19
D.- "Si el grano de trigo no muere..."	28
ANEXO "Un Ramito de Amor"	31
Indice	39